

“Quienes son lujuriosos, se matan a sí mismos”. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita

París. Un encuentro deseado, dos deseos encontrados

Los tópicos los crean las personas y son las personas las que han llamado a París la ciudad de los enamorados. Todos los que están en dicho trance desean ir a París y todos los que no lo están aspiran a sumergirse en él en sus calles. ¿Por qué?, evidentemente –y tautológicamente– porque es la ciudad del amor. La ciudad, que así se ha vestido con un sambenito agraciado que proporciona a su vista un largo desfile de parejas por bulevares, avenidas y jardines, se empeña en preponderar este aspecto suyo –bastante subjetivo, porque amor existe en toda ciudad– sobre otros más quizás más eminentes. Sin ir más lejos: la revolución que tuvo inicio en sus calles y que legó al mundo un bonito trío de palabras utópicas y un emblema tricolor al país, la capitalidad del mundo durante el Imperio Napoleónico y de las letras poco tiempo después, el sentido patriotismo –exagerado al máximo en un término precisamente francés– que la llevó a ser resistente en épocas negras de la Historia o la apropiación de todo un mes y un año del calendario universal al que se asocia siempre involuntariamente con su nombre: mayo y 68. Cualquiera de estas cosas la facultaría para proclamarse insigne, pero ella sabe que apelando a ese sentimiento, el amor, penetra mejor en los corazones y a eso se aferra. Los niños vienen de París y allá hay que ir a hacerlos; mensaje simple, claro y conciso. Algunos, preguntados por el porqué del dicho, lo han explicado aduciendo antiguas leyendas europeas con cigüeñas, puede que sea esa una explicación

tan verosímil como esta que me invento y sigue: la existencia de una voz eterna que desde el centro de París susurra al oído de sus habitantes un mantra perpetuo que inconscientemente ellos repiten a su vez y ha terminado por extenderse por todo el globo: “Yo soy la ciudad del amor; todo el que viene a mí lo encuentra”. Y la gente termina creyéndolo, se aferra a esa imagen que París quiere transmitir buscando el amor, porque ese sentir representa lo máximo, lo sobrenatural, lo divino, lo inalcanzable y lo más bello que se imagine. Y a pesar de que lean cómo el señor Hugo cuenta en París el sufrimiento de un despojo humano, campanero por más señas, que afectado de tal sentimiento, a veces cruel por mal anidado, moría agarrado al cadáver de su amada, prefieren olvidar ese fatal desenlace y soñar con uno imaginado y feliz entre gitana y soldado, sin pensar que ellos eran más altos y más guapos, y que en estos casos no hay magia sobrenatural alguna que hacer, al contrario, hay impedir que actúe la humanidad y lo haga la naturaleza que siempre prepondera al más fuerte, al más alto y al más guapo. De otro modo, a menudo, como constata el llanto del deforme, el amor solo sirve para padecerlo porque, de común, se inicia con la atracción y atrae más lo bello, y fuera de esa pauta, la fealdad debe recurrir a otros factores para conseguirlo, la mayoría de veces de forma poco exitosa y desalentadora, cosas como el roce o la sangre. Por el roce puedes llegar al amor conociendo a la persona escondida tras una primera impresión desagradable, y la sangre es una venda a los sentidos que permite querer a los poco agraciados, aunque con un amor distinto del que hablamos, uno que aquel desgraciado campanero tampoco pudo conseguir.

París consigue su empeño, día a día, año tras año, siglo tras siglo. Ha conseguido acumular un poso que actúa de reclamo no solo para amantes de cuerpos, también para ensalzadores del sentimiento, artistas despechados o inspirados por él, convirtiéndose así en fábrica de bohemios y románticos, razones poco regladas y mentes inigualables que escriben, pintan, esculpen y teorizan sobre amor y desamor. En este sentido no ha existido ciudad como ella. Sin duda ha ganado la carrera, y es que las gentes de París para decir “amor” juntan los labios de igual forma que debe hacerse para dar un beso.

Angelique se despierta en París cada mañana. A pesar de que ya ha rebasado los treinta y cinco, que tiene desde hace más de ocho años un trabajo fijo de funcionaria y que ha vivido en el mismo apartamento en los últimos seis años, en absoluto su vida es rutinaria. Ciertamente su existencia cuenta con esas constantes relatadas, a las que hay que sumar otras tantas –es vegetariana y sigue estrictamente una dieta semanal, pasa sus vacaciones todos los veranos en la Costa Azul, limpia su casa los días lunes, miércoles y viernes, va de compras cada jueves...-, pero existe una variable que dota su existencia de una peculiaridad bastante única: nunca se despierta dos mañanas seguidas con el mismo hombre, o para ser más exactos, hace ya más tres años que eso no ocurre.

Angelique sufre lo que en tiempos se llamó, de manera elegantemente despectiva, exceso de promiscuidad. Hoy algunos prefieren, a veces con el mismo desprecio, decir que es una ninfómana. Ella sabe que su comportamiento no inspira demasiada simpatía, por eso se empeña en intentar

ocultarlo a las personas de trato frecuente. Sin embargo, la naturaleza de su conducta imposibilita que consiga su afán en el ambiente laboral - pueden imaginar cómo la suelen llamar, así que evito reproducir palabra tan fea- y, en cuanto a su familia, ramas lejanas del árbol genealógico han conocido en carnes propias su apetito, y a duras penas consigue que las hojas de este conocimiento no resbalen sobre los tallos más contiguos a su persona. Supongo que igualmente imaginarán como es conocida la prima Angelique. Sí, exactamente el mismo calificativo empleado en la oficina.

Esta mañana no ha encontrado a su lado al hombre con el que se acostó anoche. No se sorprende, le suele pasar a menudo. Aquel hombretón, tan rubio y tan grande, pecoso, galés si no recordaba mal, chulesco en porte y maneras, musculoso y orgulloso de serlo... Fue todo como otras veces.

Al principio, brioso comienzo, demostración circense de lucha y esfuerzo, de soberano empuje, de soberbia más de macho que de varón. Luego, la sorpresa, verse ahogado en ella, requerido de nuevo, castigado en su vanidad. Más tarde, el altivo sexo fuerte cae presa del pánico, exprimido, su enorme musculatura rota, su dura espada vencida por cuarenta y siete kilos de mujer que creyó sometida y se tornó demandante. Al final, rendición humillante y cobarde huida amparada por el sueño de su escuálida vencedora.

Mira la almohada que aún mantiene el hueco que la cabeza del hombre dejó antes de escapar a su bochorno. Suspira y se levanta. Se dirige a la ventana. Vive en un piso alto con una espléndida vista de París sobre la que emerge la Torre Eiffel. Mayor desesperación para ella es levantarse sola ante la vista de

semejante falo sin tener ninguno a su alcance, y es que desde muy temprano el deseo la corroe. Tras asearse apaga su apetito carnal con desayuno vegetal y marcha al trabajo como cada día de lunes a viernes. Allí vence las ganas de este, del otro, de aquel, y espera a terminar el turno para, por la tarde, lanzarse sin compasión en busca del sucesor del galés, que inevitablemente será sucedido a su vez mañana.

Angelique acaba sus horas de trabajo y ficha la salida. Pasea por la avenida y se sienta en la terraza de un restaurante que frecuenta. Un primer camarero la ve llegar y se hace el despistado. Fue víctima de sus juegos y la evita siempre. En su lugar una muchacha joven y locuaz la atiende. Pide ensalada y pastel vegetal que le sirven con rapidez, luego se abandona al dulce de un tiramisú y pide la cuenta. En todo el rato ha estado fijándose en el tipo que come dos mesas atrás, alto, delgado, con pinta de atleta y ojos que no han dejado de observarla. La timidez es algo que no se puede permitir, teniendo, como tiene, que saciar su otra hambre, así que cuando termina se acerca con una excusa y entabla con él una conversación que espera que los lleve a su casa algo más tarde.

León Thomas, la ve acercarse lentamente. Ella llega a su mesa y le pregunta si se conocen. "Me suena tu cara", le dice. Él niega ese hecho pero es bastante atractiva y no puede vencer las ganas de invitarla a tomar algo. Ella acaba de comer pero le acepta una copa. Así, León conoce a Angelique. Así, recaerá nuevamente en su desgracia.

Hacía dos semanas que León paseaba su cuerpo por las calles de París, donde había llegado en busca de unas tranquilas vacaciones, un paréntesis en la tormentosa vida que castigaba con unos hábitos que amenazaban su futuro. León era jugador de béisbol, había sido uno de los mejores bateadores de la temporada, con números de all star. Podría ser ídolo de multitudes, y lo sería ahora mismo, si no fuera porque una emisora de televisión le había destapado una cara oculta que lo hizo indeseable a las masas: León era adicto al sexo, una forma elegante de sustituir la palabra ninfómano, inexistente solo como significante de un significado ciertamente idéntico a la femenina aceptada.

Aquella revelación no solo acabó de golpe con su vida familiar, separándolo de su mujer y de sus hijos, también amagaba con dejarlo sin equipo; era una mala imagen. Tras el fallo judicial que le dejó sin hijos decidió someterse a terapia para reconducir su comportamiento, esperanzado en que en futuras revisiones se ablandara el corazón del juez de turno. Su sicólogo había hecho un buen trabajo, llevaba más de un mes sin contacto carnal con mujer. Como refuerzo al tratamiento le recomendó que hiciera un viaje que le sirviera para reflexionar sobre la vida que había llevado y donde probara su resistencia a los bajos deseos que habían apercibido del destrozo a su vida. Según el sicólogo, al volver trabajarían una gradual vuelta al sexo, pues el objetivo no debía ser en absoluto su privación sino una praxis más natural.

Hasta ese mismo instante había pasado diez días de abstinencia en suelo francés, que sumaba al mes y medio en territorio americano. Desde aquella primera vez, cuando se acostó con la madre de su mejor amigo, jamás había

estado tanto tiempo sin dar cobijo carnal a la extensión lujuriosa de su yo. Ciertamente que en estos últimos días lo había ayudado mucho el hecho de sentirse desconocido, ya que en Francia el béisbol no ocupa lugar destacado entre los deportes y cualquiera de los nombres sonados en su país aquí se encontraban en el mayor de los anonimatos. Así pues nadie lo reconoció como Ciclón Thomas, ni como King Lion, dos sobrenombres con los que los comentaristas se rompían la garganta cada vez que bateaba un home run. Todo ese esfuerzo va a quedar calcinado en las próximas horas gracias a los encantos de la delgada mujer que bebe su combinado mojándose provocativamente sus jugosos labios tras cada trago.

¿Qué pueden esperar de todo esto? Los dos están acostumbrados a fingir, a actuar para llevar a cabo su cometido, pero en esta ocasión a ambos les resulta fácil, porque desean lo mismo. Y es todo tan sencillo que no dejan de extrañarse. Las típicas frases son abolidas cuando ambos ven que no las necesitan, que existe algo que empuja al otro en su mismo sentido, y así llegan al hogar de Angelique cuando la tarde ya empieza a morir, y les basta cerrar la puerta para abalanzarse el uno sobre la otra, la otra sobre el uno, no sé decirles quién con más ganas, cuál de ellos con más ansia. Se sorprenden porque siempre han intentado reprimir su pasión, al menos al principio, para no asustar, y ahora no lo hacen y el otro no se amedrenta, no se acongoja, sino que contrataca con la misma intensidad, haciendo a su vez que el opuesto incremente su acción, azuzando al instigador que se esmera. Es una reacción en cadena. Las manos desabrochan, tiran, rompen la ropa, la boca succiona, lame,

mordisquea las partes que van surgiendo de entre los jirones, las caderas topan aún impedidas por el vestido que pronto desaparece en violentas sacudidas. Él la coge, pesa poco, la aprisiona con su cuerpo contra la pared. Están en la entrada al apartamento, la estancia apenas los ha descubierto aún, y ya ellos acometen el encuentro con furia. Él está hambriento, hace meses que no devora el succulento manjar que se le ofrece, ella también adolece de esta carne, la que no se prohíbe, aun cuando a menudo la encuentre. Las embestidas del león son fuertes y poderosas y la escuálida hembra ruge de placer, pues jamás antes hubo conocido algo así, y no fue por falta de intentos. Tras la pared le llega el turno al suelo, donde la bestia acomete las últimas sacudidas antes de relajarse. Angélique no puede creer lo que vive. Se encuentra en trance, jamás podrá olvidar este día. No tendrá otro igual, piensa, y doy fe de que así será.

Diez minutos después la entrada del apartamento representa un campo tras la batalla: ropaje, calzado y cuerpos quedos desnudos en el suelo. Angélique va entrando en sí y una pregunta se le asoma: ¿será capaz este hombre capaz de ofrecerme otra sesión o acabará igual que los demás, vencidos por mi insignificante humanidad? No le da tiempo a pensar nada más, mientras en mitad de su reflexión siente como el león revive, como se yergue y con sus manos la levanta y la lleva en brazos hasta la cama.

Hasta aquí todo podría ser anormalmente usual: dos personas que satisfacen su apetito sexual con verdadera intensidad. Desde aquí algo pudiera ser lógico: una mujer insaciable termina por dejar exhausto al hombre sobre el que pesa el encargo de satisfacerla. O en otro caso: un hombre sometido a una larga

privación termina por agotar a la destinataria de su contenida lujuria. Pero aquí no se da ninguna de las alternativas. Hombre y mujer, mujer y hombre, no terminan de dar y recibir, entregar y demandar. No son personas al uso. Han vivido cohibidos, marginados por una sociedad que hace de ellos rarezas y por fin pueden liberarse... y lo hacen.

París los observa por la ventana y se pregunta si aquello es el amor que pregona, el que la hace célebre y viendo cómo se desarrollan los acontecimientos se responde con una negativa: eso no es humano. Allí la razón no domina, siquiera aparece pues solo impera la carne y un instinto por saciar que no acaba. Son dos organismos que reaccionan a la abundancia que nunca pudieron permitirse y saben que tal vez no volverá a presentárseles jamás. Como el banquete de un náufrago que sabe que volverá a la escasez de su isla desierta, como la siesta del eterno vigía que pronto oteará de nuevo el horizonte, así Angelique y León se devoran el uno a otro sin pensar en consecuencias tempranas o tardías.

Y el apartamento se convierte en un mundo que luego restringen al dormitorio, y por fin hacen de la cama su baluarte, el último refugio de su deseo. No desperdician fuerzas que van a requerir. Al igual que en heroicas batallas donde se busca salvar el último reducto a una invasión, aprovisionan víveres cercanos, cavan letrinas contiguas, alzan muros defensivos, y así la cama, ese último bastión donde esperan sus fuerzas, se rodea de todos los alimentos que una vez tuvo ese hogar, de orinales donde aliviar otras necesidades, ahora secundarias, para no levantarse, para no desperdiciar la

energía necesaria. El lecho se convierte en improvisada mesa donde comen y se comen sin pausa. Las sábanas, empapadas de sudores salados y jugos dulces y amargos, en un sedoso mantel negro donde empiezan a proliferar las manchas de sus actos. Los respiros son cortos, demasiado quizás, no hay tiempo de relax, y sin este tampoco aparece el disfrute. Solo hay impaciencia por empezar, nunca alivio al acabar. Todo el vigor se encauza en este vórtice de deseo, un vigor mágico emanado de su extraña naturaleza e inaccesible para seres más ordinarios. Y a las horas siguen los días. Y Angelique se olvida de la rutina que nunca terminó de invadir totalmente su vida. Y León se olvida de que una vez practicó un extraño deporte en el que se golpea una pelota con un palo. En esos momentos sus seres están dirigidos por una misteriosa fuerza que los empuja a invadir carne ajena, a penetrar en el otro, a acoger sangre y sudor, hálitos y roces, cada vez con menos furia, cada vez más apagados, no por falta de ganas, por falta de vida. Sus mentes hace tiempo que los dejaron, ahora actúan movidos por una peligrosa inercia. Y por ella la vida se les acorta con cada unión, y cada contacto les roba existencia. Pero ellos no cesan. Por primera vez sienten que nadie va a coartar su apetito, y este se muestra insaciable. Una macabra broma al nacer los hizo así, y nadie consiguió de arreglar las fugas de los depósitos de una lujuria que jamás podrá colmarse. Su deseo nunca se aplaca, siempre fue así, y ahora podrían comprobar que lo que un día buscaron no existe, que lo han encontrado y no es remedio, que solo la conformidad en la insatisfacción podría acompañarlos en lo que siga, pero ya no piensan, ya no son ellos, ahora son máquinas que alguien ha olvidado apagar, irrefrenables. Y

continúan muriendo poco a poco, no de amor, de agotamiento. Y después todo se acaba. Las máquinas dejan de funcionar cuando se quedan sin combustible y ellos se detienen cuando se les acaba la vida.

Llega la hora de fichar la entrada al trabajo en la oficina. Angélique no va a hacerlo. Dejó de ir a trabajar hará cosa de una semana. Más allá, al otro lado del océano, el dueño del equipo pregunta y se entera de lo que le pasó a León. Le han dado una alegría, va a ahorrarse el mal trago de anunciarle su despido. El que le da la noticia lo hace en medio de una risilla nerviosa, y es que parecer ser que encontrar a dos personas muertas en pleno acto sexual es algo bastante gracioso, al menos para este sujeto, no sabríamos decir si la ex mujer del Ciclón Thomas opina lo mismo. Horas más tarde, en París, la que fuera compañera de la mujer encontrada muerta en esta extravagante circunstancia se dispone a fichar la salida cuando es abordada por alguno que, ignorante aún del suceso, le pregunta: “¿Hoy tampoco viene la puta?”